EP Cultura 27 - final 11/26/07 12:16 PM Page 28

GalaxiaGutenberg

Minucias del lenguaje

Caníbal

José G. Moreno de Alba

~

En la más reciente edición del Diccionario académico (2001), a la voz *caníbal* se le asigna, como origen, el vocablo *caríbal* y, como significados, los siguientes cuatro: 1) antropófago; 2) "se dice de los salvajes de las Antillas, que eran tenidos por antropófagos"; 3) dicho de un hombre: cruel y feroz; 4) dicho de un animal: que come carne de otros de su misma especie. Puede ponerse en duda la etimología propuesta, sobre todo por el hecho de que esa voz (*caríbal*) no aparece ni una sola vez en el voluminoso *Corpus diacrónico del español* (CORDE) (*cf*. www.rae.es). A pesar de ello, en esa misma 21ª edición del Diccionario, se consigna el vocablo *caríbal*, como procedente de *caribe*, con el significado de 'caníbal'. Por primera vez se da cuenta de este curioso vocablo en la edición de 1884.

El artículo *caníbal* se incorpora al Diccionario en la 7ª edición (1832), en la cual se le asigna, como significado, el de 'caribe', sin proporcionar etimología. A su vez, *caribe* aparece ya definido en el Diccionario de Autoridades (primera edición del Académico), en el año 1729, con las siguientes palabras:

> El hombre sangriento y cruel, que se enfurece contra otros, sin tener lástima ni compasión. Es tomada la metáfora de unos indios de la Provincia de Caribana en las Indias, donde todos se alimentaban de carne humana.

Mejor que una "provincia", parece que la Caribana era una isla antillana, así designada, a lo largo de los siglos XVI y XVII, entre otros, por los historiadores Gonzalo Fernández de Oviedo, Alonso de Chávez, López de Gómara, Las Casas… La sinonimia *caníbal* = *caribe* se mantiene en las ediciones del Diccionario correspondientes a los años 1832, 1837, 1843 y 1852. Esta sinonimia desaparece en la entrega de 1859, en la cual, de *caníbal* se dice: "Nombre dado a los antropófagos de América". En la edición de 1899 se precisa: "Salvaje del mar de las Antillas tenido generalmente por antropófago". Con mínimas modificaciones, se mantiene esta definición hasta la 21ª edición de 1992. En la más reciente entrega, la 22ª de 2001, esta acepción pasa al segundo puesto y se modifica el tiempo verbal: "…que *eran* tenidos por antropófagos". La primera acepción, como ya dije, es la sinonimia *caníbal* = *antropófago*.

Por lo que respecta a la voz *caribe*, hasta 1852 se mantiene, como única acepción, con pocas modificaciones, la de 'hombre sangriento y cruel', que persiste hasta ahora, aunque no ya como única. En la edición de 2001 (la más reciente), la primera es: "Individuo de un pueblo que en otro tiempo dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de América del Sur". Sin embargo, la tercera dice todavía: "(Por alus. a los indios de la provincia de Caribana). m. Hombre cruel e inhumano". No hay duda de que, con ese significado y, más específicamente, con el de 'antropófago', la voz *caribe* se empleó, con mayor frecuencia que *caníbal*, a lo largo de los siglos XVI a XIX. Obsérvense las cifras siguientes, obtenidas del CORDE y del CREA (Corpus de referencia del español actual):

SIGLO	CANÍBALES	CARIBES ('CANÍBALES')
XVI	31	272
XVII	9	184
XVIII	2	35
XIX	27	45
XX	53	---
CREA	124	---

EP Cultura 27 - final 11/26/07 12:16 PM Page 29

Caribe por 'antropófago, salvaje' fue frecuente en textos de cronistas e historiadores —en Juan de Castellanos, por ejemplo— de los siglos XVI y XVII. En los escritores clásicos era mucho más común, con ese sentido, la voz *caribe* que el vocablo *caníbal*. En *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega, se lee:

> ¿Es donde hay los celebrados palos,
> que a un enfermo dados
> le vuelven como primero,
> o donde *caribe* fiero
> come los hombres asados?

El empleo de caribe por 'salvaje' persiste incluso a lo largo del siglo XIX en escritores como Fernández de Moratín, Fernán Caballero, Bretón de los Herreros… En *Zaragoza* (1874) de Pérez Galdós, puede leerse:

> Agustín, Agustín. Gracias a Dios que te encuentro aquí. ¡Cuánto te quiero! Cuando me dijeron que eras tú el carcelero de mi padre, me volví loca de alegría, porque tengo la seguridad de que has de salvarle. Esos *caribes* del Consejo le han condenado a muerte. ¡A muerte! ¡Morir él, que no ha hecho mal a nadie!

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia natural de las Indias*), precisamente sobre la palabra *caribe*, explica: "Este nombre *caribe* no quiere decir sino bravo u osado o esforzado". Sin embargo hay que reconocer que, así no correspondiera a la verdad, la voz *caribe*, con el sentido de 'antropófago, salvaje', se utilizó hasta el siglo XIX. Asimismo es conveniente precisar que, a partir de esas fechas (fines del XIX, principios del XX), no volvió a emplearse sino con el sentido actual de "individuo de un pueblo que en otro tiempo dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de América del Sur" y "perteneciente o relativo a este pueblo". Es necesario por tanto modificar la redacción de la sexta acepción, que dice: "(Por alus. a los indios de la provincia de Caribana). m. Hombre cruel e inhumano". Quizá baste añadir un *decíase* (del hombre cruel e inhumano), para aclarar que, desde hace más de 100 años, ese vocablo sólo se emplea, en el español general, para designar ya sea al individuo de un pueblo que en otro tiempo dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de América del Sur, ya sea lo perteneciente o relativo a este pueblo.

En un pasaje del *Entremés del rufián viudo llamado Trampagos*, escribe Cervantes:

> Fuera yo un Polifemo, un antropófago,
> un troglodita, un bárbaro Zoilo,
> un caimán, un *caribe*, un come vivos,
> si de otra suerte me adornara, en [tiempo
> de tamaña desgracia.

Ahora bien, ¿eran en efecto antropófagos estos caribes o caníbales de las Antillas? Probablemente no. Quizá se trate de una más de las abundantes fantasías que aparecen en las crónicas del descubrimiento. Entre otros argumentos a favor de esta hipótesis, pueden citarse dos opiniones muy autorizadas, una de Las Casas (en su *Historia de las Indias*), quien, aludiendo a supuestos monstruos y antropófagos en una de las islas antillanas, aclara:

> En esta isla, ni nunca hobo gente de un ojo ni caníbales que comiesen los hombres, y tampoco tuvieron más ni mejores armas que las que hasta entonces el Almirante había visto.

Finalmente, ¿cuál es el origen de la voz *caníbal*? No parece satisfactoria, como dije, la explicación del Diccionario académico (de *caríbal*), sobre todo porque no hay prueba documental de que esa voz existe o existió ni en la

EP Cultura 27 - final 11/26/07 12:16 PM Page 30

lengua española ni en alguna antillana. Puede en cambio proponerse otra hipótesis: la voz *caníbal* (con el significado de 'bravo, osado') tiene su origen en alguna de las lenguas aborígenes antillanas e, incluso, parece anterior al vocablo *caribe* que, sin llegar a sustituirla completamente, fue de empleo más frecuente en el español de los siglos XVI-XIX. El primitivo sentido que tenían en su lengua original tanto *caníbal* cuanto *caribe* ('bravo, osado'), muy pronto se modificó, en español, al parecer ya a finales del mismo siglo XV, por el de 'antropófago, cruel, salvaje…'. Transcribo en seguida dos pasajes, uno de Pedro Mártir y otro de Las Casas, que apoyan esta suposición:

> Tuvieron luego noticias los expedicionarios de que no lejos de aquellas islas había otras habitadas por gentes feroces, comedoras de carne humana; más tarde los indígenas refirieron que la causa de haberse huido temerosos a la llegada de los nuestros fue pensar que se trataba de *caníbales, que así llaman a esos seres feroces y, por otro nombre, caribes* [*caníbales arbitrari, sic truculentos illos sive caribes vocant*] (Pedro Mártir de Anglería, libro I de la primera década de su obra, escrita en latín, *Decades de orbe novo*).

Por su parte, el padre Las Casas, en su *Apologética historia sumaria*, sobre el mismo asunto, escribe:

> Las costumbres de las naciones que habitaban y habitan hoy en aquellas islas, *que a los principios* que a estas tierras venimos *llamábamos caníbales y agora se nombran caribes*, son destas otras que ya nombramos diferentísimas y muy extrañas.

En resumen, pueden proponerse dos modificaciones en el Diccionario académico: 1) en el artículo *caníbal*: en lugar de la etimología *caríbal*, anotar simplemente que se trata de una voz de origen caribe; 2) en la sexta acepción de *caribe*: señalar que se trata de un significado ('hombre cruel e inhumano') con el que, hoy, no se emplea ese vocablo, aunque lo tuvo en otras épocas. ~

Gotas de sangre

Fernando Galindo

~

Julio Hubard, *Sangre. Notas para la historia de una idea*, Turner-Ortega y Ortiz-CONACULTA, México, 2006, 177 pp.

Basta el título y mirar a vuelo de pájaro al índice onomástico —Aristóteles, Dante, Ficino, Homero, Paracelso, Harvey, Hobbes, Descartes, Goethe, Miguel Servet, etcétera— para darse una idea de la dificultad de un ensayo como éste. Se trata de una de esas disquisiciones donde todo puede salir mal. Escribir sobre la sangre, realidad familiar para cualquiera, implica el doble desafío de mucho que decir y nada que aportar. Es fácil imaginar al autor con montañas de datos y sin la menor idea de cómo organizarlos. Por ello es admirable que el libro narre una historia; una especie de novela de un concepto que, sin querer describirlo todo sobre él —sería imposible y aburridísimo—, sí logra presentar atractivas reflexiones, interpretaciones nuevas y, sobre todo, alimentar dudas.

El autor, citando a su amigo Mauricio Ortiz, recuerda al inicio que "la sangre toca todo por dentro"; quizá por ello el texto fluye, se derrama y esparce entre temas tan variados: guerra; ideologías racistas; la relación de judíos, griegos y cristianos con la divinidad; el sacrificio ritual y el de

EP Cultura 27 - final 11/26/07 12:16 PM Page 31

los inocentes; la alianza con Dios y los pactos con el Diablo, ambos sellados con sangre. La soberanía y la sacralidad de estados nacionales e imperios, la justicia cósmica (venganza de sangre) comparada con la justicia pública, las patologías hereditarias, la nobleza y la vileza de una estirpe; todo esto se relaciona con la sangre.

El ensayo es también una crítica a ciertos prejuicios profundamente modernos: la ilusión progresista, la rigidez extrema de las fronteras de lo que llamamos "ciencia" con otro tipo de discursos y la excesiva separación de las diversas áreas del conocimiento.

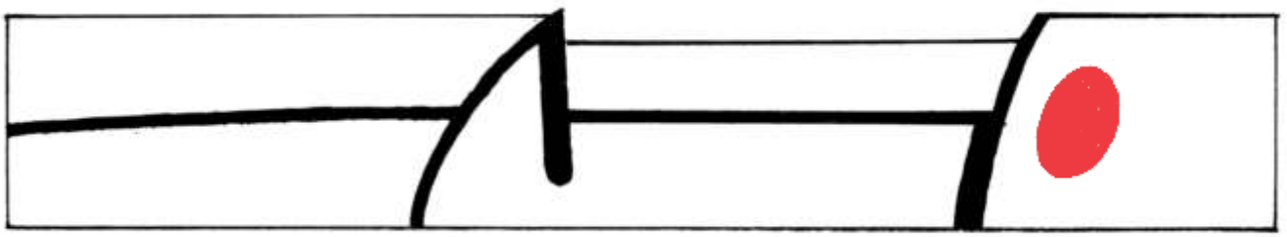
La ilusión progresista consiste en interpretar la historia de la ciencia como un drástico despertar de la irracionalidad a la racionalidad, un salto de la cultura de la magia a la cultura de la lógica, de la superstición al empirismo. Por el contrario, Hubard entiende a la ciencia como resultado de una vasta y añeja tradición de explicar e intentar comprender la naturaleza que nos rodea y por supuesto a nosotros mismos. De ahí que atribuya a Miguel Servet —famoso por su muerte en la hoguera que no acababa de arder— haber descubierto la circulación pulmonar de la sangre y no, como muchos suponen, a Harvey.

Ver la ciencia como parte de una tradición implica necesariamente relacionarla con otros discursos que, a pesar de no seguir la lógica del experimento, mesura y demostración, son perfectamente racionales. Postular una ciencia de fronteras rígidas provoca al menos tres errores. Primero, desacredita de antemano toda explicación de fenómenos no expresados en caracteres numéricos, es decir, descalifica la metáfora y la analogía. Segundo, impide un distanciamiento y análisis crítico de los métodos de investigación que hoy se consideran "científicos", al tiempo que promueve el dogma de asumir los resultados experimentales actuales como válidos y definitivos, y no como intentos de explicación sujetos de ser mejorados o incluso descalificados. Tercero, promueve una ciencia "mal escrita": inaccesible para cualquier persona educada y con mediana inteligencia. Hubard aboga por esa ciencia renacentista con ecos hasta bien entrado el siglo XVIII, que es abierta, inclusiva y amena.

Por último, pero no por ello menos importante, la separación tajante entre las ciencias particulares, y su desvinculación de la historia y la tradición científica, promueven una visión estrecha e insípida de la realidad en la que no quedan claros la relación del sol con el átomo ni el paso de la célula al rinoceronte o al tiburón. Una presentación aséptica, que causa anemia intelectual a estudiantes y maestros por igual.

Otro de los puntos culminantes es la original interpretación del pacto entre Fausto y Mefistófeles en la versión de Goethe. Hubard sugiere que únicamente Goethe retrata la diabólica sustitución del *logos* por la acción: de la palabra, metáfora, analogía, racionalidad y armonía por la fiebre de la actividad. Puestos a bordar sobre esta idea —y eso es precisamente lo que desea el autor: incitar a la conversación—, encontramos aquí una imagen que explica la ausencia de legislación en la estrategia nazi. Hitler no se tomó la molestia de escribir nuevas leyes, simplemente suspendió todas las existentes y dio lugar a un régimen fundado únicamente en un frenético activismo diabólico.

Entre las curiosidades y novedades de esta obra se cuenta una bibliografía amable y generosa titulada "Entre libros", donde el autor ofrece las fuentes principales de su ensayo y delata con sencillez su opinión sobre ellas. Se trata de una bibliografía para que el lector aprenda y entienda, para que pueda leer más sobre la variedad de temas abordados.



Hay más que alabar: la prosa, en ocasiones confusa, pero también sorprendente; las expresiones coloquiales; los diminutivos que se alternan con cultismos; los adjetivos poco comunes; las precisiones filológicas y las deliciosas minucias de la traducción. El conjunto da en efecto la sensación de estar hablando con alguien carente de certezas pero no de conocimiento y erudición; por tanto mucho más interesante. Y sin embargo no todo son comentarios favorables, hay que recriminarle al autor que, habiendo leído y pensado tanto, publique tan pocos libros y se dé tan a cuentagotas... aunque sean gotas de sangre. ~